

guída marcharemos en auxilio de nuestra querida capital.

»Importa, pues, y jamás os lo recomendaré bastante, que esa plaza se sostenga enérgicamente; que se aumente sin descanso su material de guerra; y que se ponga en estado de bastarse á sí misma y de resistir por largo tiempo.»

Las esperanzas del emperador en obligar á los sitiadores á levantar el campo, eran, como se ve, grandes.

Los republicanos, á su vez, levantaban nuevas obras de fortificación para encerrar á sus contrarios en un círculo de cañones y de bayonetas.

Los sitiados meditaban nuevos planes para apoderarse de los puntos más importantes ocupados por los sitiadores.

Ambos ejércitos se preparaban á nuevos combates.

Los hechos nos dirán por quién de los dos se declaró la fortuna.

CAPÍTULO XVIII.

Continúa el sitio de Querétaro.—Hacen una salida los sitiados el 1.º de Mayo á las órdenes del coronel Rodríguez.—Muere éste en la acción y son rechazados los imperialistas.—Algunas palabras dando á conocer al coronel Rodríguez.—Hace una salida Miramon el 3 de Mayo atacando el cerro de San Gregorio, y se retira á la ciudad con bastantes pérdidas.—Se publican en Querétaro algunas noticias falsas, anunciando la próxima llegada de Marquez, para reanimar el espíritu de la tropa.—Severo bando publicado en Querétaro para que los que tenían semillas escondidas, las mostrasen.—Subordinación y modestia del soldado mejicano.—Dan los sitiadores un ataque á la plaza en la noche del 5 de Mayo, y son rechazados.—Carta de Maximiliano á Marquez, dictada por el general Arellano.—Circunstancias que obligaron á Maximiliano á firmar esa carta.—Maximiliano condecora el día 10 á varios individuos del ejército.—Muerte del teniente coronel imperialista Cevallos: algunas palabras respecto de sus bellas cualidades.—En junta de generales verificada el día 11, se dispone romper el sitio.—El general imperialista Mejía hace un llamamiento al pueblo de Querétaro.—Acuden á tomar las armas mucha gente del pueblo, pero se carecía de los fusiles necesarios.—Informe presentado al emperador por sus principales generales, dándole cuenta de la situación que guardaba la plaza.—Se dispone por los sitiados que la salida de la plaza se verifique en la madrugada del 15.—Don Miguel Lopez entra en secretas conferencias con los sitiadores para entregar la plaza, cuyo principal punto estaba encomendado á él.—Entrevista de D. Miguel Lopez con el general sitiador D. Mariano Escobedo, para entregar el punto de la Cruz.—Entrega Lopez el punto de la Cruz al amanecer del 15 de Mayo.—Entra en la Cruz el general republicano Velez.—Don Miguel Lopez trata de salvar la persona del emperador y le avisa que el punto ha sido tomado.—Serenidad de Maximiliano.—Sale Maximiliano de su alojamiento con algunos de los jefes de su ejército, resuelto á defenderse.—Reune en el cerro de las Campanas una corta fuerza.—Se unen á él Mejía y otros generales.—Maximiliano espera á Miramon.—Es herido éste.—Toda la artillería republicana rompe sus fuegos sobre el cerro de las Campanas.—Maximiliano envía un parlamentario al general sitiador Escobedo.—El emperador Maximiliano se rinde.—Dignas palabras de Maximiliano al rendirse.—Es conducido al convento de la Cruz.—Regala Maximiliano su caballo al general republicano D. Vicente Riva Palacio.—Los prisioneros hechos en los momentos de haber sido ocupado el punto de la Cruz por los republicanos, son llevados á Paté.—Conducta noble del teniente coronel republicano Castañeda y de sus oficiales con los prisioneros.—Vuelven estos á ser llevados á la Cruz.—Muere batiéndose heroicamente el coronel imperialista Santa Cruz.—Muere, víctima de una venganza personal, el coronel imperialista Campos.—Es aprehendido el general Mi-

ramon.—Conducta noble de Maximiliano en el sitio de Querétaro.—Paralelo entre esa conducta y la que observó en Sedan Napoleon III.—Manifiesto de don Miguel Lopez rechazando la acusacion de que entregó el punto de la Cruz.—Refutacion al manifiesto de Lopez, por varios jefes imperialistas prisioneros.—Contestacion de Lopez á la refutacion, dejando sin respuesta varios importantes cargos.—Lo que el escritor republicano D. Manuel Payno ha dicho de Lopez en su *Compendio de la historia de Méjico*.—Comunica por telégrafo el general Escobedo á su gobierno la toma de Querétaro.

1867.

Mes de Mayo.

1867. Durante los tres días que restaban del mes de Abril, esto es, desde el 27 en que se dió el terrible combate en el Cimatario hasta el 30, los republicanos habian trabajado activamente en poner los puntos más importantes de su línea en un estado imponente de defensa.

La posicion de los sitiados, iba siendo, en consecuencia, cada vez más comprometida. El general D. Miguel Miramon, comprendiendo que era preciso hacer toda clase de esfuerzos para mejorarla, resolvió que se hiciese otra salida el 1.º de Mayo para apoderarse de la hacienda de Calleja y de la puerta de Méjico con los sólidos edificios que la rodean. La toma de los expresados puntos era para los imperialistas de suma importancia, pues consiguiéndolo, ensanchaban su línea, alejaban á los sitiadores de la plaza, podían hacer salir sus columnas á los llanos situados detrás de los puntos referidos, y flanquear, en fin, muy fácilmente las paralelas de los republicanos.

Los sitiadores, que habian comprendido perfectamente toda la importancia de aquella posicion, la habian fortificado de una manera imponente.

Concebido el pensamiento, el general D. Miguel Miramon mandó levantar la vispera del proyectado ataque, lagunas obras de fortificacion frente á San Francisquito y situar una batería, para batir en brecha la hacienda de Calleja y proteger á las fuerzas que debían efectuar la salida en caso de retirada.

A las cinco de la mañana del 1.º de Mayo se formaba en San Francisco la corta columna que debía atacar la hacienda de Calleja y la puerta ó *garita* de Méjico. Se componía la columna del batallon de Cazadores, de la Guardia Municipal de Méjico, del 3.º de línea y de un destacamento de ingenieros. Estos batallones se hallaban muy debilitados, muy especialmente los dos primeros, por las perdidas que habían sufrido en los últimos combates. El mando de la columna se había dado al coronel de «Guardia Municipal» D. Joaquin Manuel Rodriguez, jó-

1867.

Mayo.

ven de extraordinario valor, de gallarda presencia, de finas maneras, de trato afable, de faz blanca y de bigote rubio, altamente simpático y muy querido de sus compañeros de armas. Conociendo sus excelentes cualidades militares y su arrojo, el general don Miguel Miramon había encargado á él aquel movimiento que debía preparar á otros que tenía concebidos para ponerlos en ejecucion si el resultado del primero era favorable.

Pocos momentos despues de estar formada la corta columna, llegaron á San Francisco el emperador, los generales D. Miguel Miramon y D. Manuel Ramirez de Arellano y el teniente coronel D. Agustin Pradillo, oficial de órdenes del soberano.

El bravo y jóven coronel D. Joaquín Manuel Rodríguez fué llamado á presencia de Maximiliano que le apreciaba justamente. «Rodríguez», le dijo el emperador, «la importancia del ataque que va V. á emprender, es vital para la salvacion de la plaza: no dudo que cumplirá V., como siempre, con su deber. Le prometo una recompensa digna de V.»—«Señor», contestó inclinándose el valiente coronel, «hoy me nombrará V. M. general, ó me matarán.»

Inmediatamente organizó el jóven D. Joaquín Manuel Rodríguez su columna, mientras el general D. Manuel Ramírez de Arellano rompió un vivo fuego de artillería sobre la hacienda de Calleja, cuyo fuerte edificio era necesario tomar antes de llegar á la puerta ó *garita* de Méjico. D. Joaquín Manuel Rodríguez, dispuesto para lanzarse al combate en el instante preciso, pero sin desconocer en medio de su bizzarria que en el asalto podía perder la vida, mandó llamar al teniente coronel don Agustín Pradillo, oficial de órdenes del emperador, con quien le unía una sincera amistad, y entregándole su cruz de Guadalupe, una carta para su anciana tía á quien debía su educacion y otra para una jóven encantadora con quien debía casarse, le suplicó que en caso de que pereziese en el combate, hiciese llegar todo á su destino. Hechos estos encargos, el valiente jóven montó á caballo

1867. y se puso á la cabeza de su columna que era
 Mayo. la infantería. Presentarse á caballo á la vista de las tropas republicanas que ocupaban el punto atrincherado que iba á ser acometido, era exponerse mucho, puesto que sobre él harían un nutrido fuego los sitiado-

res. Se le hizo presente esa circunstancia por su amigos; pero él contestó «que siendo mal andador, prefería ir á caballo, y que de esta manera podía abarcar más fácilmente con la vista á las tropas que llevaba á sus órdenes.»

Eran ya las seis de la mañana. El sólido edificio de la hacienda de Calleja había sufrido entre tanto un terrible fuego de artillería. Juzgándolo á poco en estado de poder ser asaltado, el coronel D. Joaquín Manuel Ramírez, á la cabeza de su corta columna, se lanzó sobre la expresada hacienda de Calleja que estaba defendida por los cuerpos republicanos «Libres de Guanajuato», y «1.º Ligeros de Toluca», bajos las órdenes del coronel D. Luís G. Carrillo. Este, que había recibido orden de morir antes que abandonar su puesto, trató de contener el ímpetu de los asaltantes combatiendo valerosamente; pero una bala le hizo caer al suelo sin vida en los momentos más supremos. Sus soldados, aturdidos con la pérdida de su valiente jefe, y no pudiendo contener el terrible empuje de los que acometían, abandonaron en confuso desorden la hacienda, dejando en el campo de batalla el cuerpo del bravo coronel.

El general republicano D. Vicente Jimenez, que mandaba la línea de Oriente, y se hallaba en aquellos instantes en el punto amenazado de la puerta ó *garita* de Méjico, detuvo la retirada de los cuerpos que no habian podido sostenerse en la hacienda y mandó romper el fuego sobre los imperialistas que continuaban avanzando con extraordinaria resolucion, guiados por el intrépido coronel D. Joaquín Manuel Rodríguez. «Adelante, muchachos,» decia este á sus soldados; «vamos adelante»; y

todos, despreciando el peligro y alentados por su voz y ejemplo, marchaban hácia la fuerte posición bajo un fuego mortífero.

Al ruido de las descargas, el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo, se dirigió con su estado mayor al sitio del combate, llegando casi en el mismo momento el coronel D. Miguel Palacios con el batallón de «Nuevo Leon», poco después una compañía de los «Supremos Poderes», con otra, también de Nuevo-Leon, y en seguida una brigada de Jalisco al mando del general D. Ignacio Zepeda.

Todas estas fuerzas, llegadas en auxilio de las que tenía el general Don Vicente Jimenez defendiendo su línea, rompieron sus fuegos sobre los imperialistas que continuaban avanzando. Nada sin embargo, contenía la marcha de estos, que se dirigían denodadamente á tomar la posición, alentados por su joven jefe D. Joaquin Manuel Rodriguez. Cuando creían hallarse próximos á alcanzar el triunfo; cuando se hallaban á veinticinco pasos de la puerta ó garita de Méjico, un nutrido fuego de fusilería dirigido desde las innumerables troneras hechas por los republicanos, estalló sobre los asaltantes. Una de las infinitas balas atravesó el corazón del intrépido joven Don Joaquin Manuel Rodriguez, y cayó sin vida, del caballo. La muerte del valiente jefe hizo detener á las tropas que conducía; hubo un momento de vacilación que se convirtió en desorden con nuevas y más nutridas descargas que sufrían, y al fin emprendieron la retirada. Entonces los asaltados se convirtieron en asaltantes, y se lanzaron sobre sus contrarios. El cuerpo del coronel

Don Joaquin Manuel Rodriguez se encontraba tendido al lado de varios soldados que habían perecido casi al mismo tiempo que él. No queriendo dejarle abandonado un oficial francés al servicio del imperio, llamado Domet, y dos
1867. valientes soldados mejicanos procuraron con-
Mayo. ducirlo á su línea. Al levantarle los dos soldados cayeron mortalmente heridos: el oficial Domet no perdió por esto su serenidad, y haciendo esfuerzos terribles, consiguió llevar arrastrando un largo trecho el cadáver: entonces, ayudado de otros soldados de la Guardia Municipal que acudieron á su voz, fué llevado el cuerpo á la línea imperialista.

Los republicanos entre tanto acometiendo por todas partes á las fuerzas imperialistas que se retiraban en bastante desorden, recobraron la hacienda de Calleja, y continuaron persiguiéndolos con empeño. Como la corta columna no contaba con reservas que marchasen en su apoyo, se vió precisada á acelerar más y más el paso para llegar pronto á sus trincheras. Las tropas republicanas que iban en su alcance llegaron hasta cerca de los parapetos; pero recibidas por un fuego vivo de artillería, se retiraron á sus posiciones sin intentar ataque ninguno.

El mal éxito que tuvo para los sitiados esta salida, introdujo el desaliento en no pocos de los defensores de la plaza. Las pérdidas sufridas por los Cazadores y la Guardia Municipal, pero muy especialmente por los primeros, fueron grandes.

La muerte del bravo joven Don Joaquin Manuel Rodriguez, de quien dice el príncipe de Salm Salm que *«era uno de los hombres más valientes que había co-*

nocido,» afectó profundamente á todos sus compañeros de armas. Su carácter franco y generoso; su fina educacion y distinguidas maneras; su arrogante figura, su afabilidad y su valor le habian conquistado el aprecio de todos. Don Joaquin Manuel Rodriguez era veracruzano, hijo de un antiguo y honrado militar que llevaba bastante de haber fallecido. El jóven Rodriguez, en los momentos de la intervencion, creyendo que ésta llevaba la mira siniestra de atacar la independenciam de su patria, se manifestó contraria á ella, y luchó bizarramente en el sitio de Puebla, en 1863, contra el ejército de Forey que sitiaba la plaza. Hecho prisionero al rendirse la ciudad, ^{1867.} ^{Mayo.} fué conducido con otros muchos compañeros de armas á Francia. Así permanecía, cuando el archiduque Maximiliano que se hallaba en Miramar, encargó, en octubre de 1863, á Don Francisco de Paula de Arrangoiz que le proporcionase los militares mejicanos para oficiales de órdenes, y, si era posible, fuesen de los que estaban prisioneros. El señor Arrangoiz, que tuvo ocasion de conocer al jóven Don Joaquin Manuel Rodriguez, que entonces era comandante, le propuso si queria pasar al servicio del futuro emperador. Rodriguez, que al estar en Francia llegó á persuadirse que el objeto de la intervencion no era atacar la independenciam, sinó apoyar al gobierno que el país estableciese libremente hasta que se consolidase, admitió la proposicion, juzgando como todos los que la pidieron y aceptaron, que la paz y la union de todos los partidos serian los resultados del nuevo orden de cosas. El jóven Don Joaquin Manuel Rodriguez fué muy bien acogido por Maximiliano, y pronto aquel quedó

cautivado del trato amable y de los sentimientos nobles que notó en el hombre que los pueblos de Méjico en sus millares de actos habian enviado eligiéndole emperador. Admitida la corona por Maximiliano el día 10 de Abril de 1864, comisionó al jóven Don Joaquin Manuel Rodriguez para que llevase á Méjico los pliegos oficiales, haciendo saber á la Regencia que habia aceptado el trono. Rodriguez salió dos días despues de Miramar y llegó á Veracruz el 15 de Mayo, pasando enseguida á la capital.

La muerte del jóven y bravo militar fué muy sentida por el emperador, no ménos que por toda la oficialidad y soldados del ejército sitiado. Sus funerales se verificaron al siguiente dia del combate, en la iglesia de la Congregacion, con la mayor solemnidad. El emperador, con su estado mayor asistió á la ceremonia fúnebre, y en su semblante se leia la afliccion que embargaba su alma sensible. Tambien se hallaba en el templo el ^{1867.} ^{Mayo.} batallon de Guardia Municipal, no ménos triste que el soberano por la pérdida de su coronel. Cuando se cargó el cuerpo del finado para colocarlo en la tumba, Maximiliano, cuyo corazon era en extremo noble y generoso, no pudo contener las lágrimas que se agolparon á sus ojos. La numerosa concurrencia se conmovió profundamente al descubrir la tierna emcecion del emperador. Dada sepultura al cadáver, cada uno de los que habian asistido á la ceremonia fúnebre y pertenecian al ejército, volvió á su respectivo punto para continuar la defensa de la plaza.

Durante todo el día 2 de Mayo las baterías de los sitiadores estuvieron lanzando bombas y granadas sobre la

ciudad y los puntos fortificados. El general Don Miguel Miramon, sin desmayar por el mal éxito del ataque sobre la puerta de Méjico, y esperando por el contrario, alcanzar con un valeroso esfuerzo mejorar la situacion en que se hallaban, propuso al emperador hacer una nueva tentativa sobre el cerro de San Gregorio, atacando la posicion en la madrugada del día 3. El plan expuesto al soberano por el bravo general era el siguiente: Don Severo Castillo ejecutaría al brillar la primera luz del alba, una salida falsa sobre la hacienda de Calleja con el objeto de hacer creer á los sitiadores que iba á darse un nuevo ataque, más rudo que el verificado el día 1.º, sobre la puerta ó *garita* de Méjico: El general en jefe republicano Don Mariano Escobedo, segun la táctica observada por él siempre, enviaría inmediatamente todas sus reservas hácia aquel lado; y entonces él, Miramon, aprovechándose de aquella circunstancia saldría con una fuerte columna por el otro extremo de la ciudad, al Noroeste, y arrojaría de los cerros de San Gregorio y San Pablo á las fuerzas republicanas situadas en esos puntos, como lo había hecho el 27 de Abril con el Cimatario. La rapidez con que

1867. estos movimientos serían ejecutados, no le
 Mayo. darian tiempo al general sitiado, Escobedo, para hacer volver sus reservas y enviarlas en auxilio de la posicion realmente atacada, y cuando hubiese advertido la estratagema, ya las tropas del imperio se hallarian sólidamente establecidas en las alturas conquistadas; entonces daría una nueva y decisiva accion á las fuerzas contrarias que se presentasen, y si este último combate, como esperaba, le era favorable, los sitiadores se verían perdidos.

Expuesta la idea con el calor y persuasion con que exponía siempre sus planes el jóven y valiente general Don Miguel Miramon, el emperador la aceptó no sólo porque la juzgó realizable, sinó porque perdida la esperanza de recibir auxilio de la capital, comprendió que era preciso hacer un esfuerzo supremo para salir de aquella falsa posicion.

Empezaba á asomar la luz del alba del día 3 de Mayo. La columna de ataque que debía atacar el cerro de San Gregorio estaba formada en su puesto, dispuesta para salir. Estaba formada de los batallones Emperador, Celaya, Iturbide, Guardia Municipal y 3.º de línea. Debían apoyarla dos baterías y la artillería de la línea del Norte. El general Don Miguel Miramon se hallaba al frente de la columna, y la mandaba en persona. Esperaba con impaciencia el momento del combate que no debía empezar sinó despues de verificada la salida del general Don Severo Castillo simulando un asalto sobre la hacienda de Calleja, á fin de que, como queda referido, los sitiadores enviasen allí sus reservas, mientras se daba el verdadero ataque al cerro de San Gregorio. Pero el tiempo pasaba sin que se oyese el estampido del cañon anunciando que la falsa acometida se había verificado. El general Miramon sentía aumentar su impaciencia. Eran las seis de la mañana y el importante movimiento encomendado al general Castillo no se ejecutaba aún. El momento oportuno iba á desaparecer. Miramon, no pudiendo contenerse por

1867. más tiempo, resolvió atacar sin más demora,
 Mayo. y condujo á sus soldados al combate.

Eran entonces las siete de la mañana. Los republica-